

VICENÇ LLORCA

EL ENTUSIASMO REFLEXIVO

SENTIDO Y METÁFORA EN EL FIN DE SIGLO

PREMIO SIAL DE ENSAYO 1999



Textos y ensayos, I

SIAL ediciones

Í N D I C E

PRÓLOGO: «El diálogo como categoría y como estética» por SEBASTIÀ ALZAMORA.....	9
I. EL ENTUSIASMO RELEXIVO	
La admiración de la diferencia.....	19
El freno de la reflexión.....	20
La poesía del Pacto.....	22
La poesía Metafísica.....	25
II. CRUCE MALLARMÉ	
Apología del grito.....	31
Cruce Mallarmé.....	32
La «poesía del Pacto» y el lenguaje.....	35
Las salidas del cruce.....	36
III. LA CRÍTICA RIBIANA: UN INSTINTO EN PENSAMIENTO	
Crítica literaria.....	41
Para comprender.....	42
Una reconstitución.....	44
En la fuente de Castalia.....	48
IV. EL CAOS SENSIBLE	
Llueve y hace sol.....	56
El efecto mariposa.....	58
<i>Blue Moon</i>	59
Telescopio, microscopio.....	60
Nietzsche contra Ulises.....	63
El esfuerzo postnihilista.....	67
Del triángulo a la espiral, una nueva geometría.....	68
La poesía de Heráclito.....	69
La metáfora como un «atractor extraño».....	71
<i>Terra incognitae</i>	72

V. DE HOMERO A ECO. UN VIAJE A LA ISLA VIRTUAL.....	75
La identidad es un mar de islas.....	76
El mito de la isla desierta.....	77
El paraíso como purgatorio.....	80
La fortuna de Defoe.....	82
La isla como kilómetro cero.....	86

EL DIÁLOGO COMO CATEGORÍA Y COMO ESTÉTICA

POR

SEBASTIÀ ALZAMORA

1. *Prolegómenos: ut vita, poiesis*

MIRAR, ver; en el principio de todo, en el principio de la poesía, se encuentra la mirada. El paso siguiente es creer: el paso siguiente es la creencia profunda y sincera (pensada y racionalizada, por tanto) en aquello que hemos asimilado por los ojos. Finalmente, decir; tomar nuestra creencia y convertirla en palabra, dejar que la palabra, si hemos sabido injertarla de aquella hondura y sinceridad que encontramos en el instante anterior, ilumine una nueva imagen. Una imagen que excitará otros ojos; entonces, volverá a comenzar todo el proceso, comunicándose sucesivamente, buscando siempre la comunicación, de un *yo* a un *otro*. La literatura, como la vida, es dinámica y dialéctica y es, también, un círculo, un continuo. Y, por mor de esto mismo, de esta cíclica continuidad, la literatura y la vida parecen, por momentos, dos absolutos.

Mas no lo son. El mentís de *lo absoluto* de la vida se encuentra en la vida misma: es decir, en la muerte. El de la literatura se encuentra igualmente contenido en su propia realización. Porque no otra cosa que literatura hace el que crea ficciones (mirar, ver, creer, pensar, decir: en resumen y al fin y al cabo, como acertó a decir Pessoa, fingir, interpretar); lo hace también quien re-crea la palabra y, al re-crearla, nos encuentra de lleno en el ámbito de la crítica literaria. Esto deshace, de entrada, cualquier posible consideración sobre la naturaleza absoluta de la literatura. Porque la crítica es el mecanismo que permite que ésta pase, a

los ojos de quien la hace (y la hacen tanto escritor como lector, que es el otro gran fingidor pessoano), de ser sujeto a ser objeto. Y, en última instancia, la tarea del crítico es tan prometeica como la del poeta (ya que ambos son una misma cosa: escritores, ni más ni menos): en efecto, el poeta se propone sustraer la belleza, intensidad estética y de sentido, de allí donde en principio sólo hay realidad y lenguaje, mientras que, a su lado, la empresa del crítico consiste en robar el fuego de la Razón al misterio presuntamente inefable del Abstracto Poético.

Para llevar a cabo este robo, Vicenç Llorca ha trazado un plan, que se encuentra explícitamente detallado a lo largo de los cinco ensayos que dan cuerpo al *Entusiasmo reflexivo. Sentido y metáfora en el Fin de Siglo*. Vicenç Llorca es un poeta auténtico (más adelante explicaré qué quiero decir con esto) que ha decidido dar el paso que va del sujeto al objeto y que se ha valido, para ello, de toda una delicada y compleja argumentación que le impulsa y le justifica a un tiempo. Puesto que nos movemos dentro del círculo de la literatura, resulta que esta argumentación, este plan de acción, ha tomado la forma insólita, por atrevida, de una poética. Vicenç Llorca, con este libro, nos presenta toda una propuesta estética y filosófica para abrir nuevos y posibles caminos, de especulación y de investigación creadora, para nuestra modernidad literaria. Considerémosla con detalle.

2. Líneas arquitectónicas para la construcción de un Pacto

Se abre *El entusiasmo reflexivo* con un texto homónimo que establece los fundamentos de la propuesta llorquiana, que se encuentran sobre todo en la adquisición de una conciencia de crisis y en el razonamiento de la necesidad de superarla. El autor, en su cualidad esencial de poeta y de hombre, se reconoce hijo de una época marcada, sí, por una crisis que afecta y define las mismas estructuras fundacionales de la sociedad occidental moderna (y no *postmoderna*, denominación precipitada y llena de afectación:

en realidad, desde la invención de la máquina de vapor, no nos hemos movido de donde estábamos tanto como querríamos suponer). Tal noción de crisis es, por tanto, heredada (en literatura y en filosofía fue fijada a finales de siglo pasado, con el dandismo satánico, la exquisitez simbolista y la formulación spengleriana de la idea de decadencia, aunque podríamos remontarnos al *Leviathan* de Hobbes), y, en tanto que herencia, susceptible de un ejercicio de revisión histórica comparativa. Antes de ponerse a escribir su primer ensayo, Vicenç Llorca realizó este ejercicio, y alcanzó, al menos, dos constataciones. Primera, que una sociedad se encuentra en crisis desde el momento en que sus miembros, tanto en su dimensión ética como en la moral, experimentan un desajuste entre las expectativas de sus deseos y los resultados obtenidos en la vivencia contingente de su realidad: surgen al mismo tiempo la tentación del abismo, el esplín, los discursos totalitarios, los movimientos de masas fanatizadas y tantos otros fenómenos que ocupan el lugar de tribunas o manifestaciones (espirituales, psicológicas, sentimentales, sociales) de la crisis, la cual tiende, por definición, a ampliar la potencia de las voces apocalípticas. Segunda, que la crisis de la sociedad occidental de nuestros días encuentra como mínimo dos correlatos a lo largo de su historia, correspondientes a dos momentos de transición: el que lleva de las estructuras de pensamiento medievales a las renacentistas y el que lleva de la organización socio-político-económica del *Ancien Régime* a la concepción moderna del estado, la nación, el individuo y la cultura; momento del cual, insistimos, descendemos nosotros mismos, con nuestras dudas y perplejidades.

El examen de la trayectoria histórica de estos dos correlatos conduce a una tercera constatación: la del hecho de que el malestar ético y moral de ambos momentos encuentra su paliativo, aunque parcial, en el ámbito de la estética; y, de manera concreta, en uno y otro caso, en el humanismo del *Quattrocento* y en el racionalismo ilustrado. A partir de aquí, Vicenç Llorca se atiene a la eficacia y a la fertilidad ideológica de estas dos corrientes de pensamiento. Y las asume como modelos posibles de su propues-